

10. Se conservan todas las buenas tradiciones de los mayores.

Y de ese modo se acumulan años de oro sobre años de oro, en la familia cristiana.

IX

III

La peregrinación de la vida.

En la familia cristiana se considera la vida como un viaje; y así lo es en realidad.

Y se camina siempre al fin.

Y se auxilian unos á otros en el viaje, con la palabra y con el ejemplo.

X

La cita.

Y cuando se llega al término de la jornada, se va con grande gozo á la patria á esperar á los otros.

Y se les llama, se les ayuda, por una comunicación incesante de recuerdos y de oraciones.

Y los otros llegan á su vez.

Y se les recibe, se les reconoce, se les abraza.

Y se aman eternamente en el seno de Dios.

Y no se separan ya, nunca jamás, los miembros de la familia cristiana.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPÍST. DE S. JUAN. CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

Esta palabra *Iglesia* es susceptible de dos interpretaciones, una lata y general, otra estricta y particular. En la acepción más amplia, la Iglesia es el conjunto de todos los fieles llamados al conocimiento del verdadero Dios, formando un solo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Considerada así, abraza todos los tiempos, es tan antigua como el mundo, porque todos los fieles, de la antigua y de la nueva ley, tienen á Jesucristo por cabeza. Los fieles de la ley antigua creyeron en él como que había de venir, y nosotros creemos en él como venido ya; mas él es el único Salvador de todos aquellos que vivieron antes de él y de todos los que han vivido, viven y vivirán después de él. Existe, pues, distinción de tiempos, pero hay unidad de fe, de religión, de Iglesia. Además, la Iglesia, comprendiendo en este sentido todos los tiempos, comprende no sólo los fieles que viven sobre la tierra, sino también á los que ya murieron en estado de gracia. Así considerada, se la divide en tres partes, según los diversos estados en que se en-

encuentran sus miembros: Iglesia triunfante, Iglesia paciente é Iglesia militante. La primera se compone de los fieles que con Jesucristo reinan en el cielo; la segunda comprende á los fieles detenidos en las prisiones del Purgatorio hasta la completa expiación de sus pecados; y la tercera abraza á todos los fieles que actualmente viven en la tierra, en luchas con los enemigos de su salvación é inciertos todavía de la suerte que les está reservada. Estas son, propiamente hablando, tres partes de una sola y misma Iglesia, glorificada ya en una parte de sus miembros, paciente y purificada en otra, viajera y combatida en la tercera, pero teniendo siempre una sola cabeza que es Jesucristo. Guardad bien la memoria de tales divisiones que nos servirán para entender la segunda parte de este artículo, sobre la comunión de los santos.

Considerada en su significación particular, la Iglesia no es más que nuestra Iglesia militante, la que formamos en la tierra, esto es, la sociedad, ó congregación, de los fieles bautizados, que profesan una misma fe, participan de unos mismos sacramentos y están sometidos á los mismos pastores legítimos, formando un solo cuerpo cuya cabeza invisible es Jesucristo y de quienes es cabeza visible el Pontífice romano. De esta Iglesia es de la que principalmente nos habla el Símbolo cuando dice: *Creo la santa Iglesia católica*, Iglesia que nació cuando Jesús comenzó á predicar el Evangelio y á formarse discípulos, que primero por sí mismos y después por sus suce-

sores, la extendieron por el mundo, la han perpetuado hasta nuestros días y la mantendrán hasta el fin del mundo.

A proporción que los fieles se multiplicaban, los Apóstoles, conforme á los ritos de ordenación instituidos por Jesucristo, crearon pastores y obispos para el gobierno de las nacientes cristiandades, siempre bajo la autoridad de Pedro y subordinados á este Apóstol á quien el Salvador estableció cabeza de su Iglesia. Pedro, sin embargo, no había de vivir siempre; murió en Roma después de haber ocupado la suprema silla del Pontificado, y éste pasó á su sucesor con las mismas prerrogativas de cabeza visible de la Iglesia, y así de pontífice en pontífice hasta nuestros días. La Iglesia ahora conocida con el nombre de *Católica*, es, por consiguiente, la que Cristo fundó, que ha perseverado por medio de una continua sucesión de pastores que la han mantenido siempre en la misma fe y en las mismas prácticas religiosas.

Según esto, nos es fácil conocer quiénes son los que pertenecen á esta Iglesia, tal como Jesucristo la instituyó, y quiénes no le pertenecen. Para ser miembro de la Iglesia se requieren tres cosas:

- 1.^a, el bautismo;
- 2.^a, la profesión de fe;
- 3.^a, la subordinación á los legítimos pastores.

1. *El bautismo*, porque este es el sacramento por el cual entramos á la Iglesia y le pertenecemos. Por

tanto, los hombres que no han recibido el bautismo, los infieles, como son los judíos, mahometanos, idólatras, etc., están fuera de la Iglesia.

2. *La profesión de fe.*—En tratándose de los infantes, basta la fe habitual infundida en sus almas por el sacramento del Bautismo; mas en cuanto á los adultos, es indispensable la fe actual, esto es, la firme adhesión del espíritu y del corazón á las verdades propuestas por la Iglesia. Por negarse á esta profesión los herejes y los apóstatas están fuera de la Iglesia: los primeros, porque rehusan obstinadamente creer cada una de las verdades que están contenidas en la enseñanza pública de la Iglesia; los segundos, porque renuncian totalmente á Jesucristo y á su religión. Unos y otros, aunque no pierden el carácter del Bautismo, se apartan de la Iglesia por su infidelidad voluntaria.

3. Es indispensable reconocer *la autoridad de los legítimos pastores*, porque Jesucristo instituyó su Iglesia como un gobierno bien ordenado en que unos deben mandar y otros obedecer; unos deben estar subordinados á otros; así pues, el que quiere vivir independiente y levantar la bandera de rebelión, se aparta del resto del cuerpo y deja de pertenecer á la Iglesia. Tales son los cismáticos, que desprecian la autoridad de la Iglesia y de sus pastores, renuncian á vivir en comunión con la cátedra primera y fundamental, la de Pedro, centro vital de la unidad católica. Esos cismáticos, aunque bautizados, se separan de la Iglesia por su desobediencia voluntaria.

A estas tres condiciones añadimos otra, *la participación de los mismos sacramentos* y de los bienes espirituales de la Iglesia, ó á lo menos el derecho de participar; porque los excomulgados pierden este derecho por todo el tiempo que dura su pena; así es que están también fuera de la Iglesia, alejados y segregados de este santo Cuerpo, por sus pecados, como ovejas peligrosas. En resumen, tres clases de personas no pertenecen á la Iglesia: unos porque nunca han entrado, y son los infieles; otros porque han salido después de haber entrado, herejes, apóstatas y cismáticos; otros en fin por haber sido apartados, y son los que tienen pena de excomunión.

Mas, ¿qué diremos de los pecadores, de tantos malos cristianos cuyo número crece más y más cada día en la Iglesia?—Con tal que sus pecados no sean de los que destruyen la fe, que rompen el vínculo de la unidad eclesiástica, ó que acarrear sobre ellos una sentencia formal de separación y excomunión, todos los demás pecados, cualesquiera que sean por su género y enormidad, no les impiden ser miembros de la Iglesia. Pues, si la Iglesia triunfante y paciente no se compone más que de justos, la Iglesia militante se compone de justos y pecadores; por esto fué comparada en el Evangelio á una red que contiene toda clase de peces, buenos y malos; á un campo, á una era, en donde el buen grano se encuentra revuelto con la paja y la zizaña. Generalmente hablando, y con las reservas antes indicadas, los pecadores son, pues, miembros de la Iglesia; pero, no

témoslo bien, son miembros muertos. Debemos considerar á la Iglesia como un hombre vivo, compuesto de alma y cuerpo. Su cuerpo es la profesión externa de la fe, la participación de los sacramentos, la subordinación á los pastores legítimos y, en fin, todo lo que tiene de exterior y visible; su alma, son los dones interiores del Espíritu Santo, la Fe, la Esperanza, la Caridad. Pues bien, para que los pecadores sean simplemente miembros de la Iglesia, basta que pertenezcan al cuerpo de la misma; y le pertenecen en realidad, puesto que profesan la misma creencia que los demás, y se reúnen con ellos en los templos para las funciones del culto; mas para que sean miembros vivos es indispensable además, que pertenezcan á el alma de la Iglesia por el amor á Dios y la gracia santificante; pero hallándose en estado de culpa son miembros muertos, privados de las influencias vitales que Jesucristo extiende y prodiga sin cesar en su Iglesia: estado tristísimo y que es un mal inmenso, como lo haremos ver más adelante.

(CONTINUARÁ.)

MORAL

LA CARIDAD.

(CONTINÚA.)

De las comuniones, hay una, sobre todo, cuyo recuerdo influye más en el corazón cristiano: si hay virtud, la alienta: si por desgracia hay perversidad, entonces aquel recuerdo es el más elocuente llamamiento á la conversión. La primera comunión viene

á ser en el vasto mar de la vida, como un faro cuya luz nunca se apaga: proyecta sus rayos divinos sobre el alma, y es motivo de dulcísima esperanza.— Todas las circunstancias que nos rodean en la primera comunión contribuyen á grabar su recuerdo con caracteres indelébles: la cándida inocencia del corazón, el cariño y entusiasmo de nuestros padres, el celo del virtuoso sacerdote que nos preparó, el sencillo adorno del templo y principalmente, sí, principalmente, el coloquio que se establece entre Jesucristo y el alma del niño: el amorosísimo Jesús parece repetir aquellas expresiones de ardiente caridad: *desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum*, mi mayor deseo ha sido comer esta Pascua con vosotros, y en especial con los niños, *sinite pueros venire ad me*. El niño á su vez muestra tal ansia y anhelo, que bien podemos expresarlo con las palabras de David: *Como el siervo sediento desea ir á las fuentes de las aguas, así mi alma desea ir á ti*.

Es una verdad consoladora que las gracias para ser buenos y salvarnos, nunca jamás nos faltan.— Dios muestra su bondad, su amor, su ternura paternal á los hombres sus hijos aun en los tiempos en que éstos le pagan con la más negra ingratitud y la más obstinada resistencia. Jesucristo llena de caricias y hace felices á los justos: llama, invita, atrae y espera á los pecadores por mil modos; unas veces con el santo y augusto sacrificio de la Misa; otras, con la predicación de la Divina Palabra; no pocas, con la lectura de libros piadosos, y siempre con los ejemplos

de los buenos y con sobrenaturales inspiraciones.

La fiel correspondencia á las gracias celestiales, dispone y prepara á nuevos favores que perdemos por nuestra ingratitud.

Luego si atendemos á la bondad infinita de Dios probada por medio de sus inestimables beneficios del orden sobrenatural, no podremos menos que sentirnos movidos á amar y agradecer, ó lo que es o mismo, á la caridad para con Dios.

VI

*¿Qué es amar á Dios sobre todas las cosas?
Querer antes perderlas que ofenderle.*

Todo amor por su naturaleza supone como causa formal la bondad del objeto amado. En proporción de que la bondad es mayor y más perfecta en sí, y á medida que se conoce más por quien ama, es más poderoso y vehemente el amor. Así pues, Dios, como hemos dicho, es por esencia la suma bondad; es no sólo infinitamente superior á todo otro bien, sino que es causa de toda bondad creada. Dios es el soberano Autor de nuestro ser y el último fin para que hemos sido creados: su Providencia nos conserva, su sabiduría nos rige: en consecuencia, tenemos que amarle primero que á todas las cosas, sobre todas las cosas y á pesar de todas las dificultades.

Los mismos filósofos paganos, ilustrados con la luz de la razón, creyeron que los objetos inferiores debían servir como de medios y peldaños para as-

cender hasta Dios. ¿Quién es el que ama los medios más que el fin? ¿quién prefiere turbios arroyuelos á clarísimas fuentes? ¿quién se queda embebido en la vista de esta naturaleza que no es sino pálido, muy pálido reflejo de la increada belleza?

Tenemos que amar á Dios de un modo positivo, con todo nuestro corazón con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas, encaminándolo todo á Él, acciones, palabras y pensamientos.

Y este amor tiene que ser amor de celo, que es el que pone todo su esmero en agradar al amado y aborrece cuanto le aparta ó puede apartarle de Dios. Así, lejos de perderle tenemos que estar dispuestos á perder aun la propia vida, si necesario es, antes que tener la desgracia de ofenderle.

La historia eclesiástica nos ofrece millones y millones de ejemplos de gloriosos mártires que prefirieron los más atroces tormentos y derramar su sangre, á pecar contra la Majestad Infinita.

VII

En el mundo, por completo se habia extinguido el fuego sagrado de la caridad fraterna. Lejos, muy lejos estaba el hombre de amar á sus semejantes cuando en vez de agostarse el árbol funesto de la esclavitud, sus raíces penetraban muy profundamente en la sociedad, y sus ramas se extendían á toda la tierra. Triste sobremanera es el espectáculo que ofrecen los pueblos en tiempo del paganismo; habíanse roto aun los naturales y dulces lazos de la

familia; el sórdido egoísmo, que es el más bajo, pero el más tirano de los intereses, reinaba en los corazones: el despotismo del orgullo engendrado por las riquezas y vanos honores, era el terrible azote de la humanidad, adunado con la sed insaciable de adquirirlos, sin reparar jamás en los medios, por inmorales que fuesen.

¿Por lo menos habría caridad fraterna en el pueblo escogido por Dios? Si, como tiene que ser, hemos de atenernos á los Santos Evangelios, hallaremos muy pocas excepciones; pues por una parte la avaricia había invadido aun el templo, supuesto que Jesucristo se quejó diciendo: «Mi casa es casa de oración; y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.» Por otra parte, vemos que por tener generalmente olvidadas ó mal entendidas las revelaciones divinas, el pueblo como nación desconoció á Jesucristo. Por fin, y esto es horrible, encontramos á los mentores del pueblo, á los sabios y sacerdotes complicados en la satánica persecución suscitada contra el Divino Redentor: el odio más injusto empezó á concentrarse en las sinagogas, para difundirse después con éxito más seguro en todas las clases y levantar el ignominioso patíbulo de la cruz.

La misión de Jesucristo ha sido salvar, reformar, reparar á la humanidad caída: por eso siendo Dios verdadero, descende hasta la bajeza de nuestra miseria, para engrandecer al hombre que, como dice un elocuente autor, «estando tan caído en los ojos de Dios; y en tanta desgracia suya, tuvo por bien

aquel Señor, no menos grande en la misericordia que en la majestad, de mirar, no á la injuria de su bondad soberana, sino á la desventura de nuestra miseria: y teniendo más lástima de nuestra culpa, que ira por su deshonra, determinó remediar al hombre por medio de su Unigénito Hijo, y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo le reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino á acabar, no sólo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con él por amor, sino, lo que excede todo encarecimiento, llegó á hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene creado no hay cosa más una que son ya los dos; porque no solamente son uno en amor y gracia, sino también en persona. ¿Quién nunca jamás pensara que así se había de soldar esta quiebra? ¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habían puesto tan grande distancia, habían de venir á juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosa más distante que Dios y el pecador? ¿Qué cosa ahora más junta que Dios y el hombre? Ninguna cosa hay, dice San Bernardo, más alta que Dios, y ninguna más baja que el cieno de que fué formado el hombre. Mas con tanta humildad descendió Dios al cieno, y con tanta dignidad subió el cieno á Dios, que todo lo que hizo Dios, se diga que lo hizo el cieno, y todo lo que sufrió el cieno, se diga que lo padeció Dios.» (Fr. Luis de Granada.)

(CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

LA BUENA FELICITACIÓN

¡El correo no llega! ¡Este cartero siempre atrasado, siempre tarde! Verdad es que en este día se ha de ver apuradillo. felicitaciones de año nuevo. En fin, ¡sea enhorabuena! Pero. parece que tocan á la puerta. ¡Adentro!

— La correspondencia, Señor.

— ¡Ah! Bien, bien. dejad allí y dadle sus pascuas al cartero. que es todo un buen muchacho!

Pues señor. veamos lo que nos dicen hoy de bueno. ¡Gran Dios! ¡gran Dios! ¡qué correspondencia! Aunque es verdad que hoy es día de año nuevo y. ¡Cuánto papel, cuántas cubiertas, cuántas estampillas! Y todo esto ¡hum! costó el dinero. veamos si aun vale dinero.

La primera carta que abro, de la Srta. Lili. ¡Hola! Ya eres tú de pluma en mano y no cuentas cuatro años! ¿Tendrás ya tus pretensiones de mujer de letras? Leamos:

Mi queridísimo Tontón:

Gustosa te saludo en este día de año nuevo; ya sabes que amo mucho los chochitos, pero á ti te quiero más.

¡Gracias, nena, gracias, gracias! Divertida muñeca. pero. á eso le falta un poco de elevación! Sin duda tu mamá fué quien te dictó estas lindas cosas, ¿no es verdad, Lili? Pues es lástima que no haga de ti más que una pequeña golosa.

Segunda carta:

Señor Don Toto.

(Un alumno de la escuela neutra si os parece.)

Querido tío:

Es para mí un alto deber, cuando la naturaleza en sus circunvoluciones.

¡Ya, ya! ¡Basta, basta! Otro más que creería ir demasiado lejos si estampase la palabra *Dios* en sus cartas! Otro que no servirá nunca para maldita la cosa! ¡Majadero! ¡Bah!

Ahora tócale su vez á la Señorita Susana. ¡Hum! La Señorita Susana. una distinguida colegiala. Diez y seis años. la edad de obtener un título.

Lindo Tontón:

(¿Lindo?)

Cuando mis ojos complacidos ven brillar la apacible aurora.

¡Oh énfasis y poesía! Y vaya que es oportuno lo de ver brillar la aurora precisamente en estos ven-

turosos días, esto es, cuando contamos ya tres semanas de no ver más que menuda y no interrumpida lluvia, con un cielo encapotado que sólo nos presenta su plumizo capuz. . . . ¡Pobre Susana! . . . ¿De qué libraco habrás ido a copiar tu frasecilla? ¡Vaya! Si estás para ser toda una titulada, dale gracias á Dios de que nó soy yo uno de tus sinodales. . . .

¡Adelante! ¡Ah! Héctor, ilustre alumno de la clase de retórica, aspirante al bachillerato!

Querido tío:

*Joven soy, es verdad; mas, en alma bien nacida
Crece primero amor que los años de la vida. . . .*

¡Uf! . . . Esto huele, en efecto, á bachillerato, á diez leguas á la redonda! . . . ¡Y estos cursis renglones abrigan pretensiones de versos! . . . ¡Dios poderoso! . . . Si te concretaras á la prosa, joven pedante y jactancioso, aun así tendrías que trabajar para pulir tus conceptos. . . .

¡Adelante!

Pueblo de N. N., 30 de Diciembre de 1898.

(¡Ah! ¡Bien! . . . De mi honrado mayordomo Pedro.)

Querido Señor Amo:

Deseo á su Merced un año bueno y feliz, y le deseo la Gloria eterna al fin de sus días sobre la tierra.

¡Vamos! ¡al fin! Hé aquí una expresión que me place, que me llena! ¡Bravo, mi buen Pedro!
¡Á ti te tocará el primer premio!

Pregunto yo si el corazón cuando quiere expresar lo que en realidad siente, tendrá que andar buscando y afanándose por encontrar circunvoluciones de la naturaleza, auroras apacibles, versos detestables y toda esa batería de cocina para salcochar!

Tú, mi viejo Pedro, no te levantas en alas de tan elevado ingenio como esa tropa de estudiantes; pero te explicas mejor que todos ellos juntos! . . . Tú hablas el idioma de tus padres, en el cual nada hay comparable á esta sencilla y grata expresión: *Deseo á su Merced un año bueno y feliz; y le deseo la Gloria eterna al fin de sus días sobre la tierra!*

Aquí sí que están encerradas todas las auroras, todos los soles del mundo y todas las bellezas de los poetas habidos y por haber!

Un año bueno y feliz, ¿qué quiere decir sino buena salud, buenas cosechas, buenos negocios, buen pan para tener todo el año cara de alegres pascuas?

Y una serie de buenos años y la Gloria eterna al fin, ¿qué otra cosa es sino el sol hermoso de Dios sobre nuestros campos y sobre nuestras almas, una lluvia de gracias y de bendiciones sobre nuestras empresas y sobre todos nuestros actos, la paz de una buena conciencia: en una palabra, la tranquilidad acá abajo y la esperanza de la verdadera felicidad allá arriba? ¡La Gloria! ¡la Gloria! Hay necios (y su número es infinito) que se olvidan de la Gloria en el primer día del año! Como si el año que comienza no les advirtiese que otro año ya pasó y que habrá de venir uno que acabará, seguido de otro

que para ellos no comenzará! . . . ¡La Gloria! . . . Olvidan que los deseos de un año bueno son palabras vanas que se lleva el viento si no confían su realización á Aquel que reina allá en la Gloria! ¡La Gloria, en fin! No piensan que se infunde valor al ánimo para aceptar las miserias del año que empieza, cuando se sabe que la oración de los seres amados está allí para sostenernos en el camino y acompañarnos hasta la puerta de aquella hermosa mansión en donde la felicidad no acaba nunca.

Nuestros mayores expresaban todo eso en su breve felicitación, y tú, mi Pedro, lo has sabido conservar fielmente como un tesoro de tus abuelos. ¡Bien! ¡Mil veces bien! . . . ¡Que no estuvieras aquí para darte un apretado abrazo! . . . Mas . . . cuenta con que, si la cosecha fuese mala en este año, tendrás un amo que te ayudará á soportar tus penas; y podrás decir también á tu inocente María Rosa, que tendrá, como aguinaldo de año nuevo, su vestido de Primera Comunión.

En cuanto á vosotros, mis guapos sobrinos y sobrinas, os daré, os daré vuestras pascuas, si señor; porque estoy cierto de que vuestro corazón es menos malo que vuestro modo de decir. Pero cuando vengáis á verme ya me acordaré de daros una leccioncita de estilo epistolar. Y en apoyo de mi lección os he de presentar un modelo, no de señorones académicos, sino de Pedro mi Mayordomo.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)



EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^o EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V. V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

Conocidas la esencia y la constitución de la Iglesia, vamos á dar á conocer brevemente sus principales prerrogativas: Jesucristo le dió estas dos: la perpetuidad y la infalibilidad.

Perpetuidad.—La Iglesia no puede ser destruida; existirá siempre, porque Jesucristo prometió estar con ella todos los días, sostenerla y defenderla: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* (San Mateo XVI. 18.)

El cumplimiento de esta promesa es visible y manifiesto. Diez y nueve siglos cuenta de fundada la Iglesia. En el transcurso de este largo período de tiempo, cuántos imperios y dinastías han pasado y se han reducido á la nada! Las instituciones humanas están sujetas á variaciones continuas y á continuos reveses; no así la Iglesia, que es el reino de Dios, y se mantiene firme, estable, desde su origen, en medio de tantas convulsiones que han cambiado la faz de la tierra cien y cien veces, en medio de las